



ADMINISTRACIÓN:

RONDA DE LA UNIVERSIDAD, N.º 14
BARCELONA

APARTADO DE CORREOS:
núm. 147

DIRECTOR POLÍTICO:

D. FRANCISCO DE P. OLLER

REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

DIRECTOR ARTÍSTICO:

D. PACIANO ROSS

COLABORADORES

Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.
D. Antonio Brea.
Excmo. Sr. Barón de Sangarrén.
Excmo. Sr. Marqués de Tamarit.

D. Joaquín J. Llorens F. de Córdova.
D. Juan Vidal de Llobatera.
D. Ramón Vila y Colomer.
D. Tirso de Olazábal.
D. Manuel Rodríguez Maillo.

Sr. Conde de Guernica.
D. Gabriel J. Llompart.
D. Carlos Cruz Rodríguez.
D. Reynaldo Brea.

Todos los grabados que publica esta Ilustración, son originales é inéditos en España y en el Extranjero.



Alfonso de Borbon y Austria-Lots



REGIO AUTÓGRAFO.

Venecia 17 de Marzo de 1892.

Mi querido hermano: Sólo en este momento recibo el hermoso cuadro que la carta de Llompart me había anunciado y que me dedica el batallón de zuavos creado por ti.

Quiero que por tu conducto llegue la expresión de mi agradecimiento á los valientes zuavos carlistas, émulos de aquellos otros cuyo uniforme trajiste á España después de haberle honrado, honrándote á ti mismo, al arrostrar las balas en la Puerta Pia por la más legítima de las causas.

Diles á todos ellos que guardaré preciosamente su regalo entre los trofeos militares que conservo como recuerdo de glorias pasadas, y más todavía como promesa de glorias futuras.

Con mucha elocuencia hablan á mi corazón los atributos de que han sabido adornar su artístico presente. La gloriosa bandera del Cuerpo, empapada en sangre nobilísima; las palmas del martirio, que dan sombra á los nombres de Wils, Giner, los Genovés, Serrano, Mercader, Murray, Berjis, Defrance, Obirne, Espinás y Peller; los laureles, que simbolizan los recogidos por los zuavos, según frase de ellos mismos, tanto en los riscos catalanes como en las llanadas del Centro; todos son otros tantos emblemas de la fidelidad que alienta en nuestros compañeros de armas.

Esa fidelidad, unida á la ardiente fé que tú y yo conservamos, es garantía segura de lo que el porvenir nos reserva.

Abrigo el presentimiento de que se acerca el día en que nos será forzoso apelar á ella para salvar á España de la anarquía y de la bancarrota moral y material que ya asoma en lontananza, y á cuyos abismos la empuja la falsa política de los que rigen sus destinos.

Gracias á ti también, mi querido Alfonso, por haberte encargado de presentarme tú mismo ese recuerdo de un Cuerpo, á cuya gloria militar irá siempre unido tu nombre.

Te abraza de corazón tu afectísimo hermano

CARLOS.

Hé aquí el aludido Mensaje, que suscribe nuestro distinguido colaborador D. Gabriel Llompart.

«A S. M. EL R.. DON CARLOS VII

SEÑOR:

Los oficiales y voluntarios del Batallón de Zuavos Carlistas, á nombre propio y al de los que encontraron muerte gloriosa en el campo de batalla, se honran ofreciendo á V. M. un testimonio que no por lo humilde estimaréis menos, pues simboliza la adhesión á Vuestra Causa y Persona de los que por la bandera tradicionalista se sacrificaron y la lealtad inquebrantable de los que anhelantes esperan oír el primer toque de llamada para acudir á donde V. M. les mande, afanosos de reverdecer los lauros inmortales que el Batallón creado por el augusto Hermano de V. M. Don Alfonso de Borbón; supo conquistar en los riscos catalanes y en las llanadas del Centro.

Ved, Señor, en cada uno de nosotros á un soldado dispuesto á dejarse matar en defensa de la más pura de las Causas y del más grande de los Reyes.

Señor: A los R. P. de V. M.

GABRIEL LLOMPART.

RELACIÓN CIRCUNSTANCIADA

DE LA ENTRADA EN CUENCA

Sr. Director de *El Estandarte Católico-Monárquico*.

Cuartel General de Chelva, 25 de Julio de 1874.

Ofrecí á V. interesantes noticias, y hoy cumplo mi promesa, embargada mi alma ante la honda impresión que me ha causado el reciente imperecedero acontecimiento, llevado á cabo por las fuerzas Reales, uno de los más importantes del ejército legitimista español, que acomete y realiza tamañas empresas, haciéndose acreedor á alguna mayor consideración que las que le han tenido hasta la fecha las naciones extranjeras, cuya opinión, más que extraviada, vilmente seducida por la innoble perfidia y por la insolente y grosera mentira de la prensa liberal española, está careciendo, á juzgar por su actitud, hasta del más remoto conocimiento de lo que es y de lo que significa en España el alzamiento nacional, contra los criminales detractores de su honra y enemigos de su grandeza.

La incansable actividad, el genio militar y emprendedor y la rara inteligencia que tanto distinguen á nuestro esclarecido Infante, General en jefe, colocándole á pesar de sus pocos años, al nivel de los mejores generales, hacían esperar grandes progresos en el ejército que felizmente se le ha confiado, pero la toma de la ciudad de Cuenca, está llamada á llenar una de las más brillantes páginas en la historia de la legitimidad

que ya no puede perderse, cuando cuenta con caudillos de regia estirpe, que saben convertir en aguerridos soldados á cuantos oyen su voz ó contemplan su altiva mirada.

S. A. R. no ignoraba que la ciudad de Cuenca estaba admirablemente fortificada por el enemigo, que su posición topográfica es desfavorable para el ataque, y que la fuerza con que contaba para su defensa, ascendía á la cifra de 1.200 á 1.300 infantes, 4 piezas de batalla y de 180 á 190 caballos, fuerza que se encontraba bajo la dirección del entendido Brigadier Gobernador Sr. D. José de la Iglesia, que disolvió en 3 de Enero, con la punta de las bayonetas, las Cortes «soberanas».

Estos datos no obstaron para que S. A. R., no vacilando en la empresa, después de algunos días de marchas forzadas, se presentase, acompañado de su augusta esposa y de su Estado Mayor general en la madrugada del día 13, á medio kilómetro de la ciudad objeto de su atención, dando orden inmediatamente al señor Brigadier D. Angel Casimiro Villalaín, para que, con el Batallón de Cuenca y 4 compañías del Batallón Cazadores de la Lealtad y una pieza de montaña, se posesionara del arrabal, y atacase por la parte alta de la población, ó sea por la que estaba situado el Castillo conocido por «de la Inquisición». Ordenó asimismo al señor Coronel, Jefe de la Brigada de Valencia, D. Manuel Monet, que con los batallones de su mando, atacase al mismo tiempo por la parte de la plaza de toros y puerta de la Ventilla.

Encomendó al propio tiempo al Sr. Grollo, Teniente Coronel del 6.º Batallón del Maestrazgo, la importante comisión de cortar las aguas de la ciudad, y de entretener con sus disparos los fuegos del enemigo que ocupaba el fuerte edificio del Instituto.

En esta disposición se rompió un fuego nutridísimo, no tardando en conocerse la insuficiencia de nuestra artillería para abrir brecha en el reducido frente que presenta la parte alta de la población, haciendo lo propio en la puerta de la Ventilla.

Nuestros bravos voluntarios, no obstante, se apoderaron, al toque de ataque y á la bayoneta, á las once de la mañana, del arrabal y de la plaza de toros, posiciones muy favorables para el enemigo. Este hecho es debido al arrojo de los Tenientes Coroneles Sres. Ribera, Lozano, Sopena y Comandante Oriol.

En aquellos momentos el Brigadier Sr. Villalaín, desde su posición hacía un fuego imponente, teniendo que lamentarse la sensible pérdida del malogrado Teniente de artillería que mandaba la pieza, D. Pedro Sebastián.

Posesionados los batallones de Valencia del barrio de la Carretería, Cuartel de carabineros y otros edificios de importancia, nos encontramos en el inexpugnable puente de La Trinidad, de unos 50 á 60 metros de longitud, el que estaba defendido en su mitad por una grande verja de hierro y á su extremo con una puerta forrada de zinc y aspillerada, teniendo en sus lados una obra de fortificación ó parapeto. El enemigo había situado á una altura que distaba unos 80 metros

del citado puente, un cañón el que no cesó un sólo instante de hacernos disparos.

Una pieza de nuestra artillería ocupaba el cerro de la Virgen de la Cabeza, otra el de San Cristóbal y las dos restantes operaban indistintamente en la parte tomada del arrabal y en la entrada del puente de La Trinidad. Mucho se distinguió, por sus acertados disparos, el oficial de artillería que mandaba aquellas piezas, D. José Curto, Capitán del Cuerpo.

En el momento de la entrada en el arrabal, se dió orden se demoliese toda la obra de fortificación de la puerta de la Ventilla y sus alrededores, lo que se efectuó, así como la aprehensión de 100 arrobas de tabaco y una gran cantidad de papel sellado que se encontraba en una casa particular, pero que era de pertenencia del Estado.

La 2.ª línea que ocupamos anteriormente era inexpugnable, en tanto que nuestros bravos voluntarios no podían adelantar un sólo paso sin encontrarse con la muerte. Allí se veía cuál es el carácter español; allí se admiraba el patriotismo de nuestros valientes voluntarios y esa fé inquebrantable que allana los montes.

Yo he visto, Sr. Director, arrojarse en medio de un volcán (pues un volcán era el puente) á un puñado de nuestros voluntarios, los que, al llegar á la verja de hierro que dividía el puente, pretendían nada menos que arrancarla, con objeto de abrirse paso; pero á la voz de sus oficiales, se vieron obligados á retirarse, no sin tener que lamentar las sensibles pérdidas consiguientes. Visto esto por sus jefes y comprendiendo la imposibilidad que ofrecía su asalto, pasaron á atacar otros puntos no menos inexpugnables y que ofrecían una tenaz resistencia, pues el enemigo todo lo tenía previsto y por lo tanto bien fortificado. Después de cuarenta y ocho horas de un vigoroso ataque, que no tenía otro resultado, que la pérdida de nuestros más denodados voluntarios, decidieron nuestros jefes presentarse á S. A. R., con el objeto de manifestarle la imposibilidad que ofrecía la toma de la 2.ª línea, y la urgencia de retirarse al punto que S. A. tuviese por conveniente.

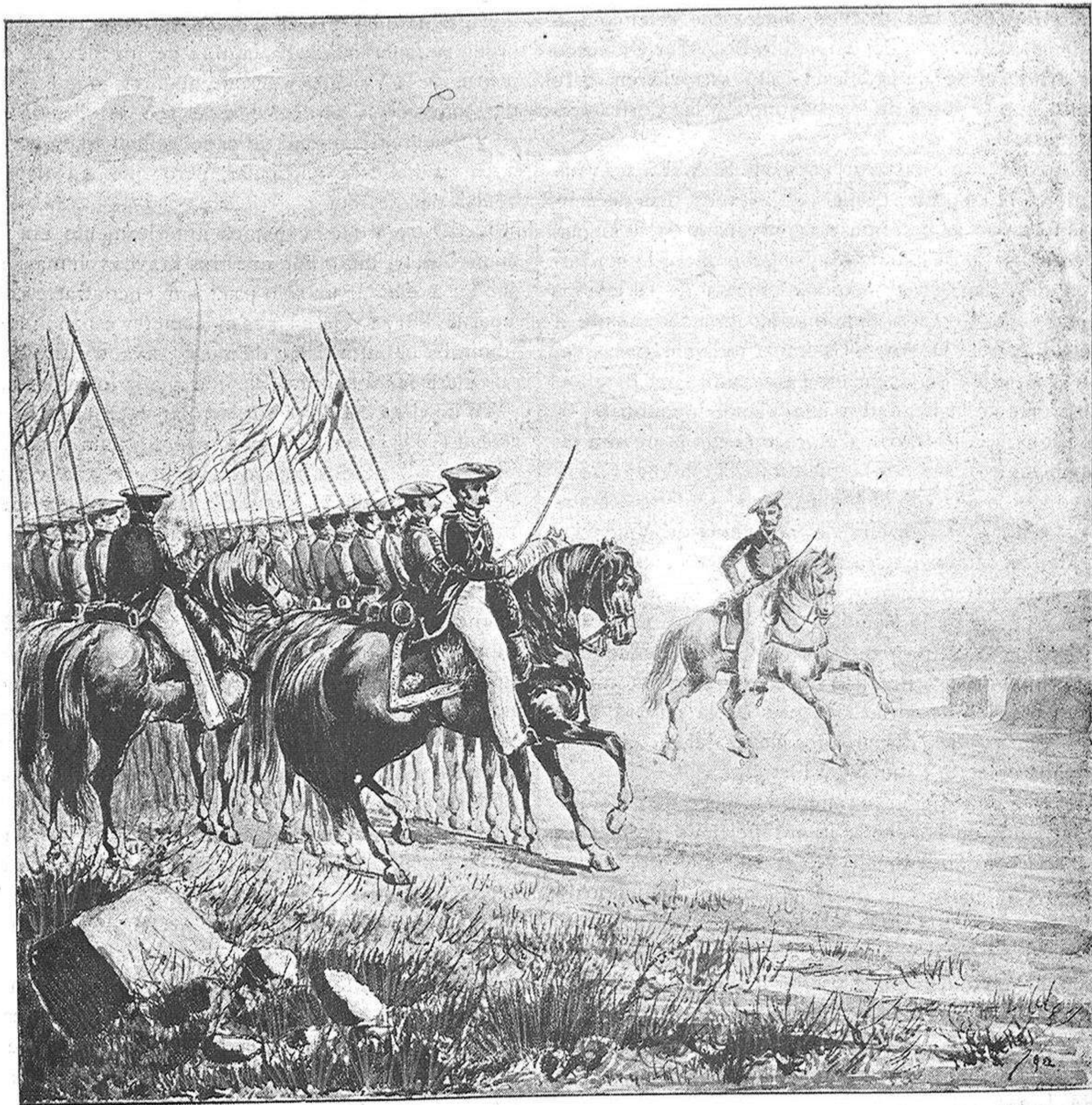
Nuestro querido General en Jefe, con la energía que tanto le caracteriza y distingue, mandó á los indicados jefes á sus posiciones diciéndoles: «á mí no se me habla nunca de retirar; yo sólo recibo el parte de que la plaza está rendida y hechos prisioneros sus defensores: las dificultades se vencen en el campo del honor: marchad inmediatamente al frente de vuestros voluntarios y yo me reservo el derecho de tomar las medidas que crea convenientes, y tened por seguro que cuando todos hayáis perecido, yo también iré á morir al pié de las trincheras enemigas. O Cuenca por Carlos VII, ó el Ejército del Centro muere al pié de sus murallas.»

Inmediatamente se dirigieron los antedichos jefes á la población, cumplimentando la orden que tenían: disponiendo al propio tiempo S. A. R. que el señor Brigadier Villalaín, una vez anochecido, se le presentase con el Batallón de Cuenca, á recibir órdenes y que quedasen sosteniendo los fuegos del castillo, las

cuatro compañías del Batallón cazadores de la Lealtad, que fueron las que desde el principio de la jornada se encontraban á sus órdenes, advirtiéndole que este movimiento lo efectuase con las mayores precauciones, á fin de ocultarlo al enemigo, lo que consiguió, gracias á su pericia militar; encargándole S. A. R. en el momento de su presentación, del mando de todas las fuerzas del ataque y poniendo á sus inmediatas ór-

denes, al 2.º Batallón de Gufas del Maestrazgo y otro de la división de Valencia, que había de reserva, para que con los tres y con los que quedaban en el ataque, reforzase el punto que tanta resistencia ofrecía. A pesar de todas estas acertadas medidas, pasamos la noche sin poder conseguir ventaja alguna sobre el enemigo, amaneciendo el día 13 en nuestras posiciones.

El espectáculo, Sr. Director, era imponente: el vo-



Primera guerra civil.—Ejército del Norte.—Escuadrón de jefes y oficiales.

luntario, lleno de coraje, deseaba penetrar por las murallas enemigas, lo que al fin consiguió al grito de «¡viva el Rey! ¡vivan SS. AA. RR.! y ¡viva España!» cuyos ecos eran confundidos con el fuego de cañón y nutrido de fusilería: los toques de cien cornetas sin descanso animaban al ataque á nuestros invencibles voluntarios que, al grito de «¡á ellos!» atravesaron por completo la segunda línea, reduciendo al enemigo á sus últimas fortificaciones.

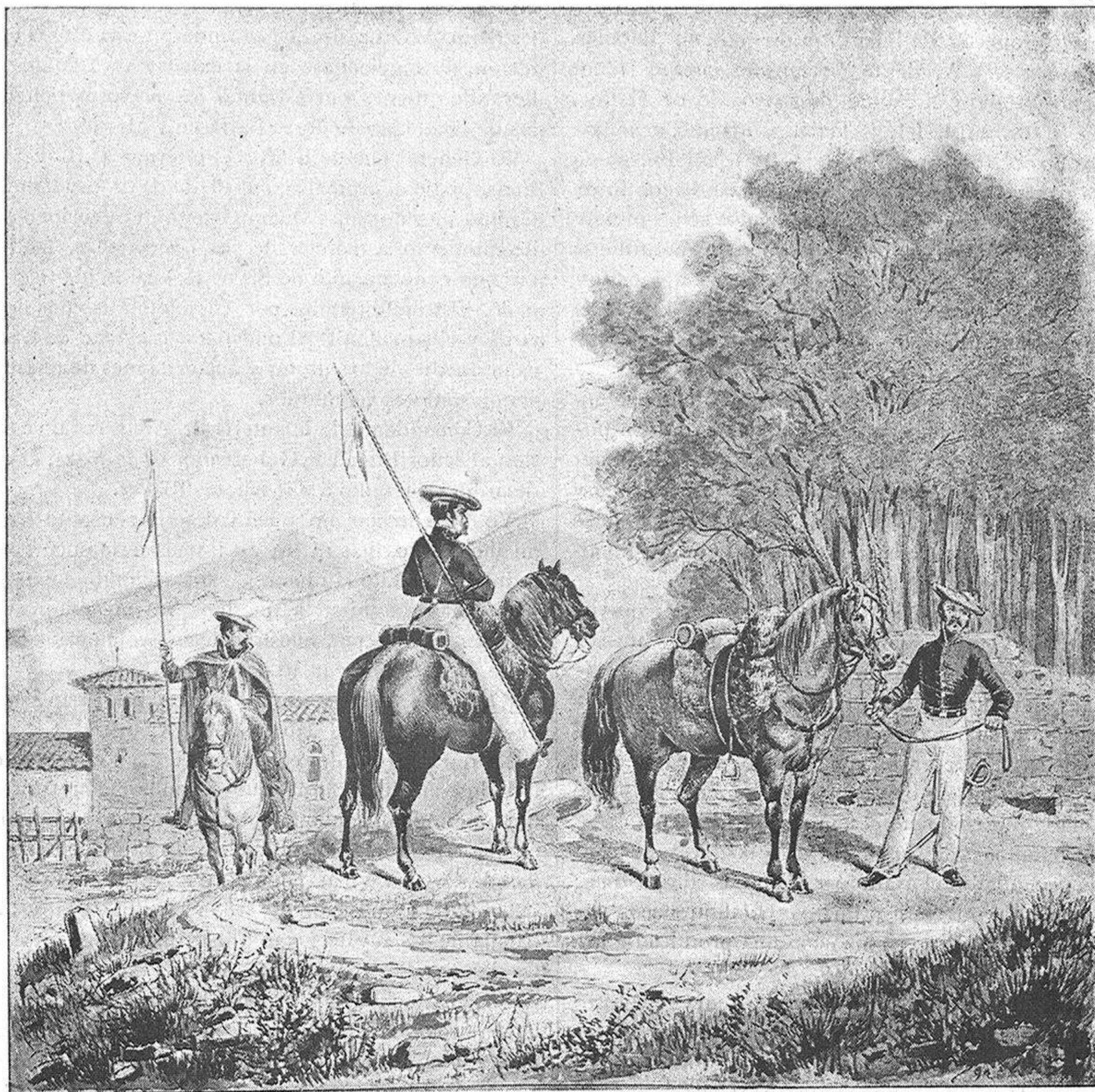
El fuego se sostuvo con un valor indescriptible, y

como testigo presencial de los que más se distinguieron en los días 13 y 14, me creo en el deber de dar á conocer sus nombres, tanto para su satisfacción personal, como por ser dignos de ello. El bizarro é inteligente Sr. Brigadier D. Angel Casimiro Villalaín; el Teniente Coronel de Cuenca, D. Francisco de Julián; el Teniente Coronel, primer Jefe de la Brigada de Gandesa, D. José Agramunt; los Tenientes Coroneles Lozano y Sopena, y los Comandantes, Oriols y Ramos Izquierdo y el Teniente de la escolta de SS. AA. RR.

Sr. Moore; haciendo especial mención del Sr. D. Julio de Godoy, capitán del Batallón de Zuavos; Teniente D. Joaquín Sastre y Alférez Sr. Pellicer, que fué herido; Comandante D. Manuel Arias; Jefe de Artillería señor Curto y Capitán de Zuavos Sr. Ribas. Se distinguieron asimismo los Sres. Capellán del Batallón de Zuavos, Sr. Espinós, Médico mayor del mismo Batallón, señor Baró y delegado de la Real Hacienda Sr. Gómez.

El capitán de Zuavos, D. Julio de Godoy, al que estaban confiadas la 3.^a y 8.^a compañía y algunos gastadores del mismo cuerpo, estuvo á una altura admirable, rayando ya en temeridad su reconocida bravura.

A pesar de ver S. A. R. al enemigo acobardado huir precipitadamente y en completa dispersión á sus últimas posiciones, temeroso de las agudas puntas de las bayonetas de nuestros invencibles voluntarios, tuvo á



Primera guerra civil.—Lanceros de Navarra.

bien mandar á su Jefe de E. M. G. interino, D. Cayetano Freixa, oficiase en su nombre al Gobernador de la plaza, intimándole su rendición y concediéndole por ella un indulto general. Al efecto, se mandó una invitación que fué contestada de una manera desagradable, por lo cual S. A. R. no pudo prescindir de ordenar de nuevo el asalto al bravo y bizarro Brigadier Sr. Villalaín, el que destacó el Batallón de Cuenca, al mando de su Teniente Coronel Sr. de Julián; el Batallón de Guías del Maestrazgo, al mando de su Tenien-

te Coronel D. Vicente Bou y el 2.^o también del Maestrazgo, al del Comandante Sr. Segarra; ordenando á estos jefes, que bajo su más estrecha responsabilidad y á la carrera, salvarsen la parte despejada de la huerta, y que con útiles horadasen las tapias y casas, para penetrar por ellas á la población, en la que los aguardaba el enemigo; mandó que dos Batallones, situados en un flanco como reserva, rompieran el fuego, distrayendo su atención para disminuir el mortífero fuego que debían sufrir los que de frente marchaban al asalto, y

también se hicieron algunos disparos de artillería, que fueron dirigidos con el mayor acierto á las casas en donde se encontraba perpetrado el enemigo el que, re- hecho algún tanto, esperaba nuestra acometida, haciendo un fuego espantoso, que recibieron nuestros bravos voluntarios con un heroísmo digno del mayor encomio, apoderándose á la bayoneta de los fuertes que estaban designados por el incansable é inteligente Brigadier Sr. Villalaín, y que S. A. R. había ordenado. En este ataque, distinguéronse notablemente los arrojados e- niente Coronel Sr. de Julián, primer Jefe del Batallón de Cuenca y el Ayudante del mismo cuerpo, señor Serrano y Cano y el capitán de zuavos Sr. de Godoy. Nada arredró á este Jefe y Oficiales, los que, acompa- ñados por sus bravos voluntarios, abrieron brecha en las tapias y tabiques de las casas, avanzando con intrepidez y despreciando cuantos obstáculos se les presentaban. En el entretanto, un cañón de nuestra artillería dirigía sus certeros disparos de granadas á los sitios más convenientes, apoderándose nuestra infantería palmo á palmo de la parte alta de la ciudad hasta haber desalojado al enemigo de sus posiciones.

Puedo asegurar á V. que el semblante de los voluntarios sólo indicaba el deseo de tomar pronto la población, lo que se verificó, pues el citado Sr. Brigadier Villalaín, su Jefe de E. M. Sr. Coronel Capablanca y los antedichos Jefes y Oficiales, que eran los que se encontraban en primera línea, no omitieron medio alguno hasta conseguir su objeto.

¡Cuán imponente fué esta jornada! Crea V. que jamás he visto tanta bravura, tanto heroísmo y entusiasmo tanto. La planta de nuestros voluntarios no vacilaba ante los muertos y heridos que quedaban en las calles, siendo su único afán el hacerse dueños por completo de la, al parecer, inexpugnable plaza, y reducir al enemigo á su último baluarte, que era el castillo que dominaba por completo el anfiteatro de Cuenca.

Los batallones de Guías y el de cazadores de Valencia secundaron el asalto por distintas direcciones; el avance de los tres primeros batallones con las compañías de Zuavos, se hizo con una prontitud é intrepidez pasmosa.

El Brigadier Sr. Villalaín, previa la venia de nuestro queridísimo General en Jefe, el Serenísimo Señor Infante, á las once del día 15 y conecedor de su clemencia, que está tan de acuerdo con los relevantes sentimientos que adornan á su virtuosa esposa, nuestra Serenísima Señora Infanta Doña María de las Nieves, ordenó suspender el fuego y mandó á uno de sus ayudantes, á un corneta y dos voluntarios de á caballo con un pliego al presidente del Municipio, para que, en el término preciso é improrrogable de una hora, se le «entregase la plaza á discreción», ofreciendo, en el Real nombre de S. A., la vida á todos los prisioneros. Dicho ayudante hizo tocar llamada de honor á una corta distancia de la posición más avanzada que ocupaba el enemigo, la que fué contestada con una descarga, despreciando con ella un aplazamiento tan humanitario.

En este trance, S. A. R. ordenó seguir el ataque hasta lograr á reducirles á su última posición. El ene-

migo únicamente se rindió aterrado, al ver asaltar sus trincheras, barbicanas y baluartes, por un puñado de nuestros voluntarios.

Allí murió como un héroe el intrépido y estimable joven Comandante primer Jefe del Batallón de Guías del Maestrazgo, D. Julio Segarra, lamentando también en aquel momento supremo la pérdida de cinco voluntarios que le acompañaban en el ataque.

Debo hacer mención especial de los ayudantes de órdenes del Brigadier Sr. Villalaín, los Señores González Selma y Ortíz, los que secundaron esta última operación, distinguiéndose en la extensa línea de ataque llevando órdenes y arrostrando los mayores peligros, los de igual clase Señores Carrasco y Martínez.

El General Jefe de E. M. G. interino, D. Cayetano Freixa, bajó al arrabal acompañado de su Ayudante de Campo su señor hijo. Dicho General, inspeccionó con detenimiento la marcha de las operaciones, las que puso en conocimiento de S. A. R. cual le había ordenado. El triunfo terminó por completo á las dos de la tarde y el pabellón Real ondeó en la ciudad de Cuenca en medio de los vítores y aclamaciones de nuestros conquistadores voluntarios.

El Comandante de infantería Sr. Arias, redujo á prisión al señor Brigadier Gobernador de la plaza, al que desarmó y presentó á Sus Altezas Reales.

Yo, Sr. Director, no puedo describir cuanto sintió mi alma en los días 13, 14 y 15, pues sería opco cuanto intentase, ante la inmensa satisfacción que experimenté, al ver á nuestros queridos Infantes vitoreados constantemente por nuestros leales voluntarios en la plaza mayor de la ciudad de Cuenca.

¡Qué cuadro se presentaba á mis ojos! ¡Cuán imponente fué la lucha! ¡Cuán grande la victoria!

No quiero dejar de poner á usted al corriente de todo lo ocurrido, á fin de que se publique en su ilustrado periódico, con una nota exacta de las ventajas que ha reportado á la Causa, el asalto y toma de la ciudad de Cuenca, y para que así sea le diré que consisten en la adquisición de 180 caballos, 4 piezas de batalla de á 8, rayadas, 530 proyectiles Krupp, 377 botes de metralla, 569 espoletas Krupp, rayados 260, 20 cajones cartuchos, todo el armamento de la infantería, que consistía en 700 fusiles Remington americanos y unos 1.400 Minié con 500.000 cartuchos Remington, 100 arrobas de tabaco y una infinidad más de efectos de guerra estancados de la Hacienda; y finalmente la demolición por completo de toda la obra de fortificación de la Plaza.

Los prisioneros consisten en el Brigadier Gobernador de la Plaza, Sr. D. José de la Iglesia, 4 Jefes, 25 Oficiales, 500 soldados del Batallón de la reserva de Toledo, 2 fuertes Escuadrones, uno de Lanceros de España y otro de Carabineros, 26 jinetes de la Guardia civil, y toda la milicia republicana: en suma total, más de 2.200 hombres.

Nuestras bajas son 25 muertos y 53 heridos, ignorando todavía las del enemigo, que se supone exceden en mucho á las nuestras.

El Coronel Sr. Monet Martel ha conducido á salvo

á esta población (no sin haber corrido inminente peligro), parte del convoy con su artillería que S. A. R. le confió. La marcha de dicho convoy hasta este punto ha sido penosísima, y á no ser por las acertadas medidas tomadas por el Sr. Monet y el inteligente é incansable Comandante del E. M. G., D. Joaquín Martín, comisionado por S. A. R. cerca de dicho Coronel, dudo el que hubiese llegado á esta población sin el menor desperfecto, cual así ha sucedido afortunadamente en el día de ayer.

Muy larga se va haciendo mi carta, Sr. Director; así es, que concluiré manifestándole que, todo «todo absolutamente lo que se hace» en las operaciones militares llevadas á cabo con tanta gloria por nuestras fuerzas reales, es debido «sólo y exclusivamente» á la acertadísima dirección de S. A. R. el Serenísimo Sr. Infante General en Jefe, á la inteligente interpretación de algunos de nuestros jefes y oficiales y el arrojo y bravura de nuestros valientes voluntarios.

No debo, Sr. Director, dejar de dedicar mi admiración á nuestra virtuosa al par que simpática Serenísima Señora Doña María de las Nieves, la que con el amor de una madre cariñosa y el valor de una heroína, lleva en pos de sí el cariño y la consideración de todo este ejército, á la que sin cesar vitorean con el mayor entusiasmo sus bravos voluntarios.

Sin duda alguna, Sr. Director, el gobernador de la plaza de Cuenca creyó que el gobierno de Madrid le mandaría los refuerzos que en el día anterior al de nuestro ataque le pidió por telegrama, pero éste, temiendo nuestra ida á la ex corte, reconcentró las columnas de Guadalajara, Ciudad-Real y Toledo, las que, reforzadas con cuantos batallones pudieron sacar de Madrid, tomaron posiciones en Perales de Tajuña.

Un hecho probará á V. la importancia que van por momentos adquiriendo las armas reales: en uno de los tres días de nuestra permanencia en Cuenca, oí de labios de S. A. R. al dársele cuenta de la importante victoria alcanzada por las tropas Reales en las inmediaciones de Estella. «Mi Hermano va en ferrocarril á Madrid; pero yo llegaré antes, porque pienso, al efecto, tomar un tren exprés.»

Los que conocemos el carácter de S. A. R. podemos adivinar en estas palabras el espíritu de que está poseído y la actividad que aún piensa imprimir en las operaciones de estos Reinos.

Es de V. affmo. y S. S. Q. S. M. B.

LUIS DE TOLEDO Y DE BELLOCH.

ORDEN GENERAL

AL EJÉRCITO DEL CENTRO EL 16 DE JULIO DE 1874
EN CUENCA

VOLUNTARIOS: Después de tres días y tres noches de combate, habéis conseguido asaltar y dominar por completo una de las capitales de provincia mejor fortificadas de España; su guarnición numerosa y bien armada se ha batido con denuedo; pero vosotros la

habéis demostrado que no hay obstáculos para los que defienden á su Dios, á su Pátria y á su Rey. Una vez más el laurel de la victoria ha ceñido vuestras frentes; yo, en nombre de mi augusto Hermano y de la España Católica, os doy las gracias, y sólo ambiciono sigáis siendo lo que hasta hoy, y pronto, muy pronto habréis recorrido el camino que la Providencia nos tiene señalado.

¡Viva la Religión! ¡Viva España! ¡Viva Carlos VIII—El Infante, General en Jefe, ALFONSO DE BORBÓN Y AUSTRIA.

ALOCUCION DE S. A. R.

EL INFANTE DON ALFONSO CON MOTIVO DE LA ENTRADA
EN CUENCA

CATALANES, ARAGONESES Y VALENCIANOS

Acabáis de ver con mi entrada en Cuenca, que no hay murallas ni cañones bastantes para detener el heroico arrojo de los voluntarios del Ejército Real, y podéis haberos convencido de que de la misma manera iré apoderándome, uno tras otro, de los pueblos fortificados que intenten oponérseme.

No es mi ánimo, sin embargo, conseguir por la fuerza lo que pueda lograr por la voluntad de los pueblos, y como deseo evitar á éstos las terribles escenas de la guerra, que siempre llevan el luto y desolación á las familias, les invito para que dejen las armas y no intenten resistir á las fuerzas Reales.

En este concepto, vengo en disponer lo siguiente:

Artículo 1.º Los pueblos fortificados que entreguen las armas al gobierno de la república, y renunciando á resistirse, dejen libre entrada á nuestras fuerzas, serán tratados con las mismas consideraciones que los adheridos á la Causa de la legitimidad.

Art. 2.º Todo voluntario de la república que deje de serlo y salga de los pueblos fortificados por el enemigo, tendrá libertad para residir donde le convenga, sin ser por nadie molestado.

Art. 3.º Todo el que se presente con su armamento á las Autoridades Reales, recibirá la cantidad de 3 duros y un seguro para residir donde le parezca mejor.

Cuartel general de Chelva, 28 de julio de 1874.—
El Infante, General en Jefe, ALFONSO DE BORBÓN Y AUSTRIA.

CARTA

DEL BRIGADIER LIBERAL D. JOSÉ DE LA IGLESIA
Á MR. GORDON (1).

Muy señor mío: Recibí vuestra carta del 12 de Febrero último, y como lo deseáis y habéis supuesto con

(1) Esta caballerosa carta del Brigadier Gobernador Militar de Cuenca, cuando esta capital fué asaltada por nuestras

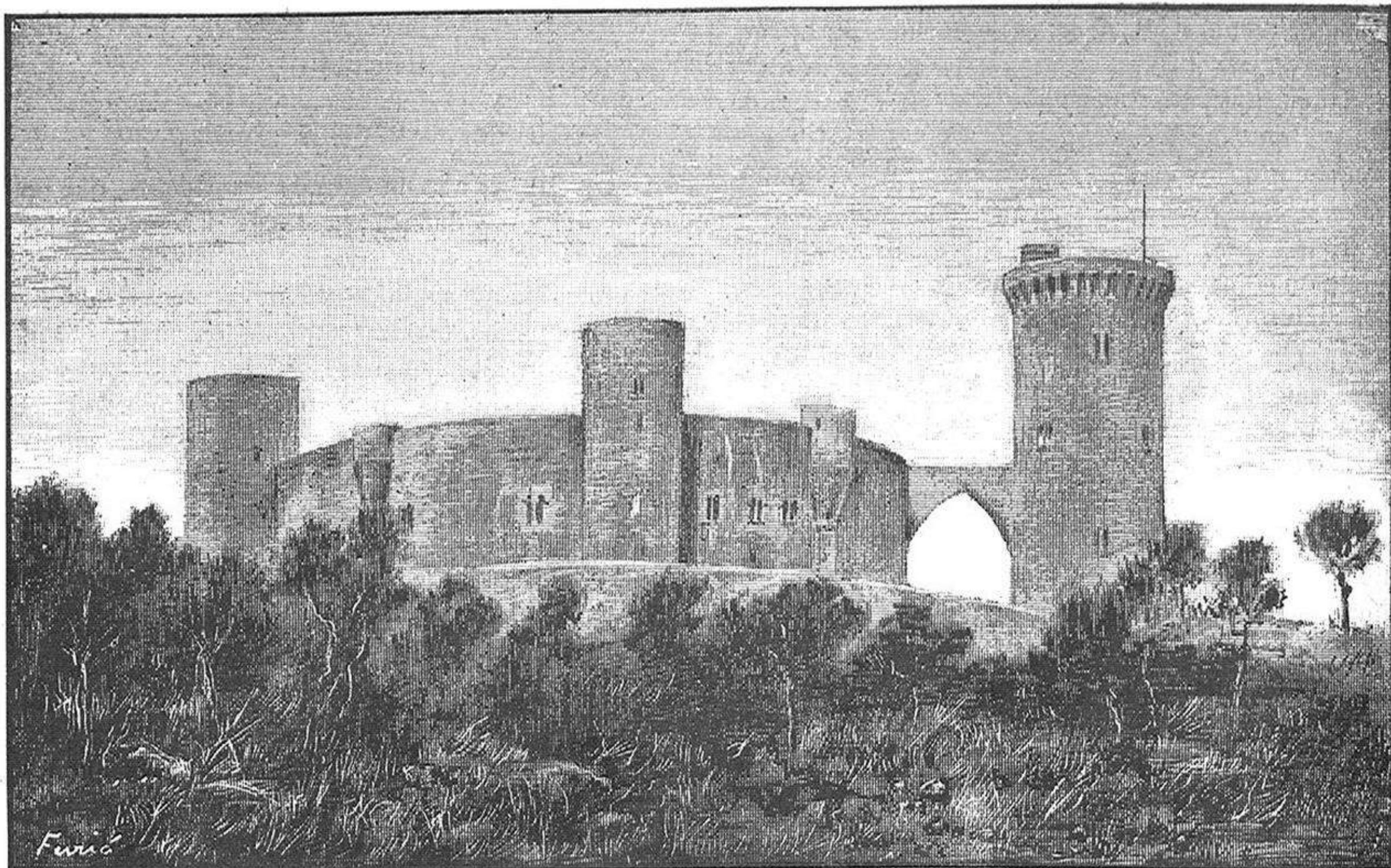
certeza, no hallo inconveniente en decir la verdad, tanto á propósito de los buenos tratamientos que SS. AA. D. Alfonso y D.^a María de las Nieves de Borbón y de Braganza, tuvieron á bien dispensarme durante el tiempo que fui prisionero de guerra.

Así, pues, no puedo hacer menos que convenir en que son puras calumnias cuanto los periódicos han publicado, acerca de las crueldades cometidas por las respetables AA., cuya conducta, bondad y clemencia con los prisioneros en general y para conmigo en particular, no pudieron ser mejores; es igualmente falso que, á mi salida de Cuenca se me haya conducido atado por el cuello como me aseguráis que se ha propalado.

No me es posible daros informes claros con respecto á la conducta de los carlistas en general; en el momento de su entrada en Cuenca, fui yo conducido á mi casa como prisionero; nada ví, más sí se hubiesen cometido algunos excesos, seguramente SS. AA. no tendrían de ellos conocimiento, pues de otro modo no los habrían tolerado.

En fin, convengo en que SS. AA. han hecho todos los esfuerzos que les han sido posibles para humanizar la guerra, y no es suya la culpa si sus nobles esfuerzos no han dado los resultados que eran de esperar.

Por lo que á mí toca, en particular, les estoy sin-



Mallorca.—Castillo de Bellver.

ramente reconocido y jamás olvidaré sus atenciones y la benevolencia que les debo.

Tengo el honor de ofreceros, etc., etc.

Madrid, 8 Marzo 1875.

JOSÉ DE LA IGLESIA.

tropas, desmiente más elocuentemente que cuanto pudiéramos nosotros decir, las injurias propaladas por nuestros enemigos con motivo de aquella célebre jornada. Además de este oficial general Sr. La Iglesia, fueron también muchos prisioneros los siguientes jefes de alta graduación: El Coronel del regimiento de caballería de Bailén, en el ataque de Reus; el Coronel Rokiski, en la toma de Manresa; el Coronel de E. M. Navarro, en la acción de Eraul; el Brigadier Moya en la batalla de Castelló de Ampurias; El General Nouvilas, en la de Castellfullit; el Brigadier Ariu y el Coronel Navarro, en la toma de Vinaroz; el Coronel Sancho, en la de Daroca; el Brigadier Gobernador de Seo de Urgel, en dicha plaza; el General Avellana, en Eraul, y otros cuyos nombres ne recordamos en este momento.

DOCUMENTO INÉDITO

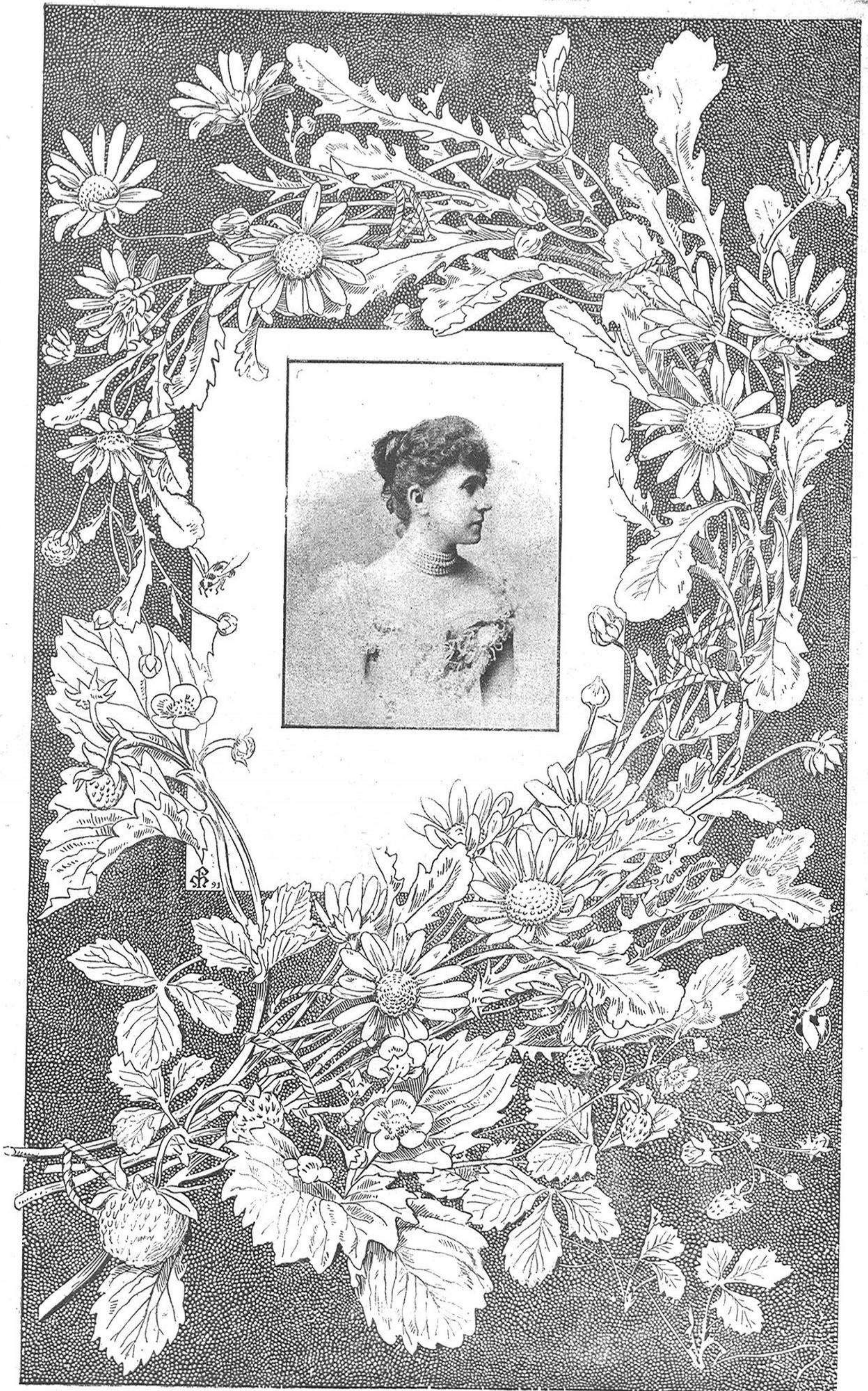
DIOS, PATRIA, REY.—EJÉRCITO REAL DEL CENTRO Y CATALUÑA.—E. M. G.

Excmo. Sr.:

Ha impresionado hondamente el ánimo de S. A. R. el Serenísimo Sr. Infante General en Jefe de este Ejército, la comunicación de V. E., de fecha 16 del mes próximo pasado, en la que le participa haber quintado los prisioneros que, procedentes de la derrota Nouvilas, existían en poder de V. E.

Bien meditadas las razones en que V. E. funda tan triste y terrible determinación, haciéndose cargo también del carácter que reviste la actual guerra y pesando poderosas razones de alta política, me ordena contestar á V. E. sobre tan grave asunto lo siguiente:

No puede V. E. fundarse en la carta escrita por



Doña María de las Nieves de Braganza.

el Excmo. Sr. Teniente General D. Rafael Tristany al enemigo Serrano Bedoya, para tomar la determinación ejecutada. Con efecto, dicho Excmo. Señor trata en la referida carta de mejorar la condición de los prisioneros, proponiendo al Jefe republicano medios que condujeran á proporcionarles mayores comodidades y más libertad. Dice que de no admitirse sus proposiciones, se verá en la imprescindible necesidad de llevarlas con fuerza de un punto á otro, sufriendo las penalidades y fatigas de las marchas, y de aquí no puede V. E. ni nadie inferir que les imponía pena de la vida.

No puede V. E. deducirlo tampoco de que diga el referido General, más abajo, de que en caso de un encuentro con el enemigo, no respondía de la vida de dichos prisioneros, pues indica bien claro que temía el despacho mal contenido de sus soldados y no la sentencia dictada sin apuro y llevada á cabo con formalidades que dan á conocer que había tiempo y resolución anterior formada. Es, pues, indudable que el Excmo. señor Comandante General de Cataluña no tuvo nunca intención ni amenazó á los enemigos con tan terribles fusilamientos.

Debía V. E., antes de tomar determinación tan grave, haber pedido autorización al Excmo. Sr. Teniente General Tristany, la inmediata superior, que no estaba muy lejos.

Y por último, S. A. R. me encarga decir á V. E. que no puede su corazón dictar ni autorizar los horrores que tendría que practicar el Ejército Real si hubiere de corresponder con represalias á la salvaje conducta que observan los republicanos; que quiere dejarles para sí todo el escándalo y toda la odiosidad de Europa, y para los voluntarios carlistas todo el valor y heroísmo con que sabrán batirse los catalanes y toda la generosidad y caridad de buenos cristianos; y que se inspire V. E. en este pensamiento para arreglar á él su conducta posterior.

Dios guarde á V. E. muchos años.

Cuartel General de Gandesa, á 17 Agosto de 1874.

El General Jefe de E. M. G., *Antonio Lizárraga*.

Excmo. Sr. General Marqués de Alpens.

LA BANDERA DE LOS ZUAVOS

A LA MEMORIA DEL HEROICO COMANDANTE D. IGNACIO WILS

Tendido en el polvo
Cubierto de heridas
Oprime en sus brazos
El bravo carlista,
La augusta bandera
De sangre teñida.

Aún oye luchando
Con breve agonía
Los hierros que chocan
Las balas que silban.

Al cielo levanta
El alma y la vista,
Murmuran sus labios
Postrer despedida.
—¡Señor! ¡mi bandera!

Gimiendo suspira,
¡Que no me la quiten
Ni en muerte ni en vida!

Sus ojos se cierran,
Sus manos se crispan
Y muere besando
La cruz bendecida.

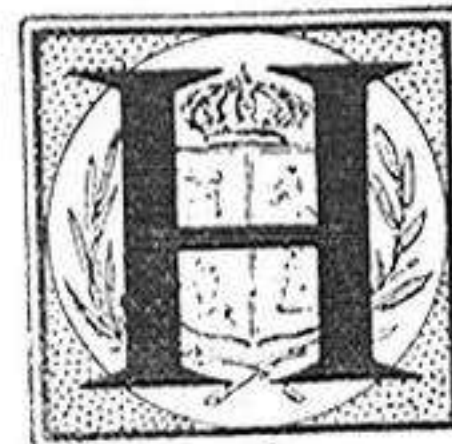
Allá, en el palacio
Do el Rey deposita
Los santos recuerdos,
Las nobles reliquias,
Ostenta sus pliegues
La enseña bendita,
Manchada de sangre
Del bravo carlista.

Miró Dios al héroe
Que orando moría,
Oyó su plegaria
Ferviente y sentida,
Salvó la bandera
De toda mancilla,
Y el Rey con respeto
La guarda y la mira.

Jamás tocó en ella
La mano enemiga
Que el héroe la guarda
En muerte y en vida.

CARLOS G. VERDUGO.

Abril, de 1892.



EMOS tenido el gusto de publicar una sumaria relación de los prisioneros hechos por Don Carlos y de la conducta observada con ellos por el augusto Caudillo.

Cábenos hoy la satisfacción de completar aquel relato insertando otro análogo relativo á los prisioneros hechos por el Infante Don Alfonso en Cataluña y en el Centro.

Nada provocaba tanto la indignación del Infante como el oír decir, en vista de la manera con que el enemigo trataba á los carlistas, que sería justo tomar represalias.

Cuando alguno se permitía semejante insinuación en su presencia, la respuesta de S. A. R. esa siempre la misma.

«Si mi hermano, decía, diera la orden de hacer la guerra sin cuartel, lo cual es absolutamente imposible,

«dado su corazón bondadoso, yo le rogaría en el acto que me relevase, pues preferiría perder la vida antes que recurrir á procedimientos sanguinarios: si de éstos sería incapaz aún hallándome en una guerra con extranjeros, ¡con cuánta razón aquí, que nos batimos contra hermanos!»

Su manera de tratar á los prisioneros correspondió siempre á estas nobilísimas palabras, según demuestran los hechos que á continuación vamos á relatar.



LA primera población fortificada que se tomó en España por fuerzas carlistas en la última guerra, fué la villa de Ripoll, de la cual se apoderó el Infante Don Alfonso en Marzo del año 1873.

Su guarnición, compuesta en gran parte de carabineros, se defendió tenazmente hasta lo último.

Toda ella fué puesta en libertad por S. A. R. apenas hubo depuesto las armas.



EN el mismo mes y año tuvo lugar otro brillante asalto, en el cual las fuerzas del Infante se cubrieron de gloria, pero que fué seguido de sucesos que forman una negra mancha en medio del comportamiento generoso observado siempre por los carlistas con los prisioneros.

Nos referimos á los fusilamientos ordenados y ejecutados por Savalls, después de la toma de Berga.

Sabido es que, á pesar de haber hecho el Infante Don Alfonso gracia de la vida, lo mismo á los cipayos, que á las tropas regulares de la guarnición, Savalls fusiló sobre la marcha buen número de los prisioneros, á la mañana siguiente á la toma de Berga.

Para llevar á cabo tan odioso acto, tuvo cuidado de colocar previamente los prisioneros á retaguardia y separarlos del grueso de nuestras fuerzas lo bastante para que no se notase lo ocurrido hasta que fuese ya imposible evitarlo.



Es de advertir, que el camino era tan estrecho, que en muchos puntos sólo podían pasar los hombres de uno en uno, lo cual era causa de que la columna de marcha ocupase gran extensión de terreno, á lo largo.

El Infante, que caminaba á vanguardia, oyó los tiros y preguntó la causa. Dijéronle que el enemigo

hacía fuego sobre nuestra retaguardia. Envió á pedir detalles y entonces supo, con el más vehemente dolor, el desafuero de Savalls.

Inmediatamente, y para reparar en cuanto estaba en su mano, aquel acto de inconcebible indisciplina, decidió que fueran puestos en libertad todos los otros prisioneros.

Participóse á los soldados que quedaban libres sin condiciones y que podían irse á dónde quisieran, dándoles como socorro para principiar el camino un duro á cada uno.

Gran parte de ellos prefirieron quedarse con SS. AA., y tan fieles y entusiastas se mostraron, y tanto se distinguieron en todas las ocasiones, que parecía imposible fuesen los mismos que con tanto encarnizamiento habían defendido á Berga contra los carlistas.

Siempre, y aún hoy día, que se habla de este episodio con el Infante, no salen de labios de S. A. más que palabras de cariñosa admiración hacía sus prisioneros de Berga, que fueron luego sus inseparables compañeros durante la terrible persecución de la columna Velarde, mostrando en aquel tiempo indecibles fatigas y privaciones con la heroica constancia de antiguos carlistas.

Los oficiales prisioneros en aquella ocasión, marcháronse todos. El Infante quiso participarles en persona que estaban libres y al despedirse muy amablemente de ellos, SS. AA. les manifestaron la gran satisfacción que sentían al darles el beneficio de la libertad.

Las precedentes explicaciones demuestran que lejos de tener el Infante la más mínima participación en los fusilamientos de Berga, condújose con la magnanimidad propia de un Príncipe de su estirpe y de sus sentimientos.

Por lo que atañe á Savalls, nada excusa su acción imperdonable, humanitaria y militarmente, pero la justicia nos obliga á recordar, sin que suene á disculpa, que los cipayos de Berga eran foragidos de la peor especie, dignos de la horca, y cargados, en su gran mayoría, de crímenes abominables de todo género, hasta el punto de que los mismos oficiales del ejército liberal á quien auxiliaban, los vieran muy á disgusto en contacto con sus tropas.



DESGARRADOR contraste ofrecían los cuidados que los carlistas catalanes prodigaban á los heridos enemigos que caían en sus manos con el proceder de que eran víctimas nuestros heridos que tenían la desgracia de ser presa de los liberales.

Durante mucho tiempo los carlistas de Cataluña se vieron obligados á esconder sus heridos en las casas de campo de la montaña, en donde, las más de las veces, carecían de la asistencia de un médico, tanto por la dificultad de comunicaciones en tan apartados lugares, como por el temor de poner sobre la pista á los enemigos.

Intentóse en alguna ocasión formar una especie de

hospital en una de aquellas casas aisladas, pero demostró una triste experiencia que ni la vida de los heridos era sagrada para nuestros feroces advenarios, pues entre varios actos de barbarie cometidos por ellos merece citarse el de haber aglomerado materias combustibles á la puerta de la casa-hospital de Vidrá, con el propósito de quemar el edificio y los infelices que gemían dentro de sus muros, siendo aquéllos salvados de una muerte horrible por una casualidad providencial que obligó á sus verdugos á evacuar la población antes de entregar á las llamas el hospital.

Pocos meses después, en junio de 1873, cebáronse los liberales con saña inaudita en varios heridos que descubrieron en una casa de campo, cerca de Santa María de Olot, y cogiendo al médico que los asistía, un alsaciano, llamado el Sr. Dreifuss, le cortaron las dos manos, y después le asesinaron bárbaramente.

De estos y otros casos análogos, pues solo por vía de ejemplo hemos citado los precedentes, ¿cómo se vengaban los carlistas? Prodigando á los heridos liberales los mismos cuidados que á sus propios correligionarios.

Después de la acción de Alpens, en la cual la columna Cabrinetty cayó en manos del Infante, vigilaron SS. AA. con gran esmero para que se asistiera á los heridos enemigos con la misma premura y solicitud que á los nuestros, y apenas se hizo á cada cual la primera cura, adoptó Don Alfonso las medidas necesarias para facilitar su marcha á Vich, población fortificada del enemigo, y no bastando para el transporte las camillas que habían pertenecido á la columna Cabrinetty, dió, de las suyas propias, las que hicieron falta, perdiendo únicamente al empleado de sanidad (enemigo) que acompañaba el convoy que devolviese éstas, una vez llegados á su destino.

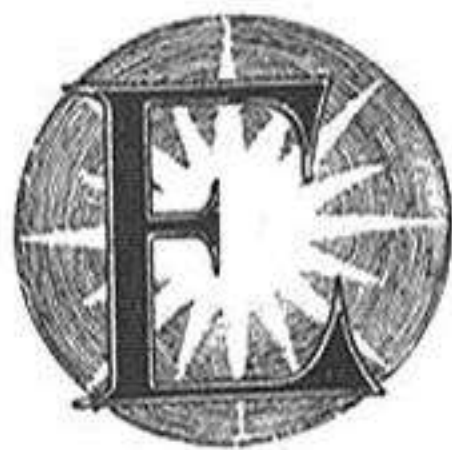
En cuanto á los prisioneros de aquella acción fueron conducidos á otro pueblo de la montaña, para esperar allí el cange, y todos ellos pueden decir si tuvieron el más pequeño motivo de queja por el tratamiento que se les dió desde que cayeron en manos de los nuestros hasta el día en que fueron rescatados por una columna liberal.

Precisamente el Coronel Vila del Prat, encargado de su custodia, inspirándose en sus nobilísimos sentimientos humanitarios, los dejó rescatar por no querer recurrir á forzarles, como podía, á seguirle con medios violentos.

Gran asombro debió causar á los soldados de Cabrinetty el contraste entre la conducta observada por ellos con los carlistas, y lo que sus jefes se jactaban de seguir con los Infantes si SS. AA. llegaban á caer un día en sus manos.

Cabrinetty mismo, sin ir más lejos, pocos días antes del combate de Alpens había mandado decir á la Infanta que si se apoderaba de su persona la haría trizas, y que el pedazo más grande que de ella quedaría, sería como el del picadillo que se utiliza para los embutidos.

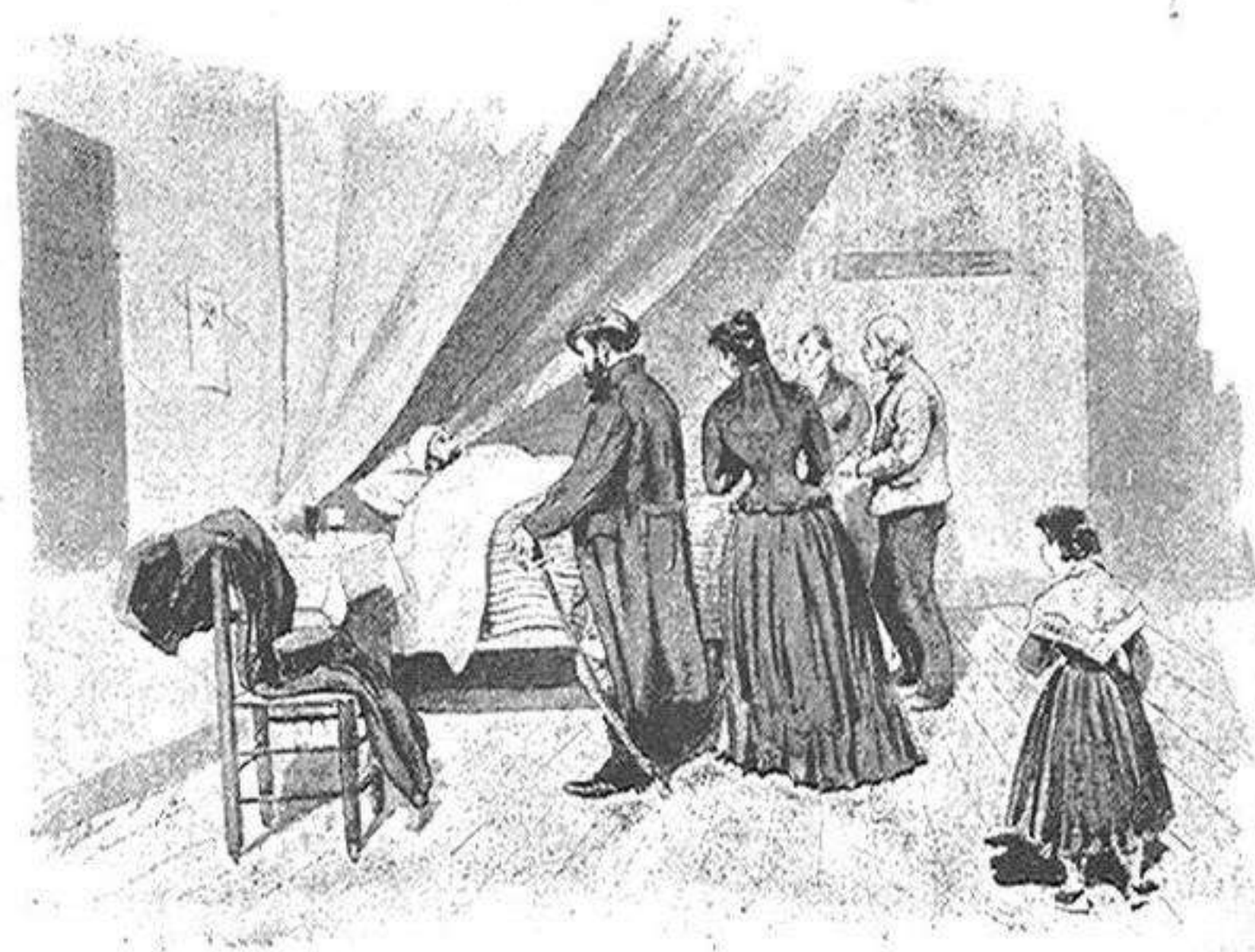
«Díganla, añadió textualmente, que pienso hacer de ella un chorizo.»



En la acción de Sanahuja, fué copado por los carlistas un escuadrón de caballería. El Teniente coronel que lo mandaba, Sr. Infante, cayó herido tan gravemente que no había posibilidad de trasladarle á otro sitio.

Y como en Sanahuja no podían dejarse ni heridos carlistas ni médicos militares nuestros por temor á que fueran asesinados. Don Alfonso hizo venir á un oficial de Sanidad de las tropas liberales, amigo ó conocido del herido, para que asistiera á éste, dejándole además á su asistente para que lo cuidara.

Algunos días más tarde, cruzando de nuevo por Sanahuja, fueron SS. AA. á visitar al Sr. Infante en



su alojamiento, se informaron con gran solicitud de sus deseos, tomaron medidas para que no careciese de nada, y lo recomendaron muy encarecidamente á los amos de la casa.

Poco después vino de Andalucía su señora, pero sus cuidados no lograron salvarle, y falleció después de largo padecer.

Los soldados prisioneros en aquella ocasión, fueron también puestos en libertad á los dos días del combate.

Los oficiales se despidieron de SS. AA. muy agradecidos al trato que se les había dado y los soldados rasos, pidieron, en su casi totalidad, seguir con los carlistas.

Pero como hasta conocerlos bien no era prudente devolverles sus caballos, se accedió á sus deseos á condición de que hicieran á pie las marchas, y siendo éstas por entonces casi siempre forzadas y penosísimas, no acostumbrados los jinetes á ellos, venciéles el cansancio, y poco á poco fueron regresando casi todos al campo liberal.

Hubo, sin embargo, unos cuantos que resistieron á la fatiga, y fueron incorporados al fin á la caballería carlista.



UENCA! Fatídico nombre que los liberales de raza no pronuncian sin taparse los ojos, horrorizados ante el cuadro, pintado por ellos mismos, de todas las supuestas iniquidades allí cometidas. Poco les falta, cuando

evocan las escenas que sólo en su imaginación han existido, para rasgar sus vestiduras, con judaico dolor.

No nos proponemos refutar en este momento las calumnias sin número inventadas entonces por nuestros adversarios, ni probar que si hay algo más digno de admiración que el valor heroico desplegado por nuestros voluntarios en aquel asalto de tres días, ese algo es su comportamiento en la ciudad conquistada, y la disciplina con que obedecieron las órdenes del Infante, que anheloso de evitar toda vejación, las había dictado muy severas, vigilando con gran rigor para que fuesen ejecutadas á medida que se iba conquistando la plaza.

Quizá no pueda citarse ejemplo alguno de otra población tomada en condiciones análogas, y en la que la propiedad haya sido respetada á tal punto, ni los habitantes tratados con tantos miramientos, á pesar de saberse que gran número de ellos habían hecho armas contra los carlistas.

Pero repetimos que aplazamos para otro lugar y momento esa gran vindicación, y que hoy queremos ceñirnos estrictamente al objeto concreto de este artículo, que es el de reseñar el trato dado á los prisioneros.

El primer cuidado del Infante Don Alfonso, fué recomendar que el Gobernador militar de la plaza, Brigadier Iglesia, y los demás jefes y oficiales, fuesen tratados con las consideraciones debidas á su categoría, y uno de sus primeros pensamientos fué el de las angustias que estarían pasando las familias de los prisioneros y su ansiedad por recibir noticias, y dió orden de que inmediatamente se les facilitaran todos los medios para hacer llegar éstas á su destino. Así lo manifestó al Brigadier Iglesia y demás jefes, recomendándoles que escribiesen en seguida á sus casas respectivas, y ofreciéndoles cuidar de que éstas recibieran sus cartas.

Al ver á aquellos señores, los felicitó calurosamente, sobre todo á Iglesia, por su heroica defensa, exponiéndoles la admiración que su valor le había causado.

Cuando durante el combate intimó el Infante la rendición, contestó el Brigadier Iglesia, que, como buen soldado, estaba resuelto á resistir hasta quemar el último cartucho. No llegó á quemarlos todos, porque el ímpetu carlista no le dió tiempo, pero sí defendió el terreno palmo á palmo, siendo el último en entregarse, y rechazando á los asaltantes cuerpo á cuerpo, revolver en mano, hasta que tuvo que ceder á la fuerza.

Al día siguiente de la toma de la ciudad, encargó el Infante al Barón de Benicasím, jefe del segundo Batallón del Maestrazgo, que condujera los prisioneros

á Chelva, recomendándole encarecidamente que los cuidase todo lo posible y procurase no careciesen de nada.

Así lo prometió aquel bizarro jefe, partiendo el mismo día con todos los prisioneros, excepto el Brigadier Iglesia, su ayudante y un Teniente coronel, que Don Alfonso dispuso, como distinción, que hicieran las marchas con él.

El Barón de Benicasím no perdonó medio para dulcificar la situación de los prisioneros. Sacó caballerías para todos los oficiales, y viendo que los demás estaban muy cansados, efectuó la marcha con menos rapidez de la que exigía la prudencia. Deseando darles descanso en una población de cierta importancia, donde pudieran procurárseles algunas comodidades, hizo uno de sus altos en la de Salva Cañete, punto muy poco estratégico, alojándose allí hacia mediodía, con el exclusivo objeto de favorecer á los prisioneros y sacar bagajes para los que se hallaban más fatigados.

Encontrábanse los carlistas diseminados por la población cuando el grito de «¡el enemigo!» infundió la alarma entre ellos. Momentos después apareció, efectivamente, el enemigo á la entrada de Salva Cañete. Los carlistas salieron dispersos, y los liberales quisieron cargarles, pero lo impidieron los agradecidos prisioneros, interponiéndose entre sus salvadores y sus humanitarios guardianes, mostrando así su gratitud por el buen trato que habían recibido.

Hemos oído referir á un testigo ocular que el Barón de Benicasím, sobreponiéndose con sus cualidades militares al pánico de su gente, logró alcanzar una posición donde él y los suyos estaban en salvo, cuando



viendo desde allá que todos los prisioneros habían sido rescatados, se sintió acometido de tal desesperación que, volviendo sobre sus pasos, se arrojó en medio del enemigo, buscando á toda costa que lo matasen. No logró la muerte que con heroico tesón perseguía, pero fué prisionero, y en calidad de tal conducido á Zaragoza, donde permaneció largo tiempo encarcelado.

De desear sería que en su cautiverio hubiese sido

objeto de un tratamiento análogo al observado por él con los prisioneros del ejército liberal. Bien acreedor era á él por su generosidad y su compasión, pues sólo el querer hacer la marcha en condiciones menos penosas para los vencidos fué causa de que éstos pudieran ser rescatados.



AL entrar en Cuenca, y posesionado ya de la Ciudad, dictó S. A. R. el Infante una orden por la cual hizo saber que todo el que habiendo estado en armas para la defensa de la plaza, no se presentase en el término de 12 horas, no sería tratado como los demás prisioneros ni, por lo tanto, tendría el derecho á la vida que, según proceder invariable en nuestro campo, se concedía á todos los apresados durante el combate ó á la terminación de éste.

Aquella orden fué motivada por saber el Infante que muchos no se habían entregado y se hallaban ocultos en las casas.

Entre los defensores de Cuenca contábase gran número de cipayos, ó nacionales, pero también otros muchos habitantes que sin pertenecer á ningún género de tropa ó cuerpo franco, habían empuñado las armas para aquel caso dado, concurriendo á la defensa como aficionados, por decirlo así.

A medida que los carlistas iban ocupando sus respectivas casas, escondieron el fusil, lo trocaban con la herramienta de su oficio, ó según el caso con lo que más convenía á su estado, y comparecían delante de los vencedores con las caras más inofensivas del mundo, representando el papel de paisanos muertos de miedo por cada tiro que se disparaba, y saliendo de alguna bodega ó sótano donde habían pasado el tiempo pidiendo á Dios que los invasores se apoderasen cuanto antes de la población, y que se acabasen los trastornos.

Inútil es decir que nada se podía hacer á tales gentes por meras sospechas, y quedaban libres, porque en la mayoría de los casos era hartó difícil averiguar con certeza la verdad.

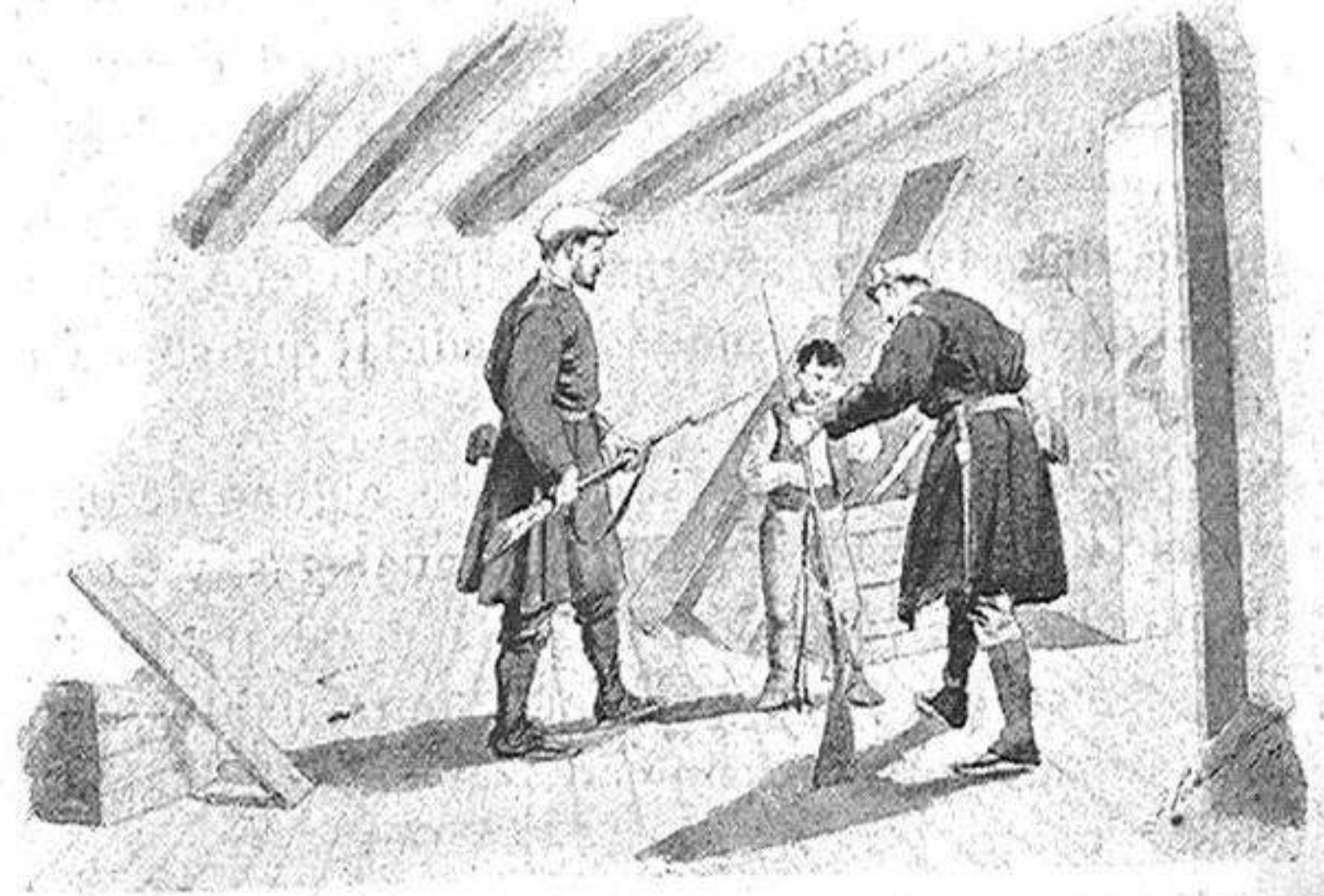
Muchos cipayos recurrieron al mismo medio para salvarse, pero otros prefirieron esconderse, pudiendo en ellos más el odio á los carlistas que el miedo á las consecuencias de ser descubiertos, y esto es la explicación de más de un tiro que se disparó de alguna ventana con pólvora sorda, y de los asesinatos de que fueron víctimas varios voluntarios carlistas durante la noche, según se participó al Infante á la mañana siguiente.

También había oído decir Don Alfonso que en su propio alojamiento, el Palacio episcopal, se escondían aún soldados enemigos. Al recibir este aviso procedieron SS. AA. al registro del Palacio.

Nada más llano que esconderse en aquel edificio, verdadero laberinto de escaleras y escaleritas sobre las cuales se abrían multitud de puertas de escape, que ponían ocultamente en comunicación las partes de Palacio unas con otras.

Ardua empresa era, por lo tanto, la de encontrar allí lo que se buscaba, pero después de recorrer la casa en todos sentidos y de hallar en diferentes cuartos vestigios de que en ellos había habido gente, descubrieron al fin SS. AA. en una especie de oscuro desván á un Comandante, el Sr. Maldonado, un oficial y ocho soldados. Muchos otros habían logrado evadirse, disfrazados de curas. El cuerpo de guardia se maravilló de ver salir del palacio un número tan inaudito de presbíteros, pero no pudiendo creer que en aquel recinto se ocultase tropa escondida, respetó el traje sacerdotal, y no puso reparo ninguno.

Uno de los encontrados en el desván, muchacho



muy joven, lloraba á lágrima viva al sacarlo de aquél. La Infanta, sin poder contener la risa que le causaba tan intempestivo terror, trató de tranquilizarle, asegurándole que no había caído en manos de mónstruos, ni mucho menos.

Luego, como allí, á diferencia de otros cuartos, no se habían encontrado restos de comida, y el día estaba muy adelantado, preguntóles S. A. si tenían hambre. Respondieron que efectivamente nada habían comido desde la mañana, pues aunque el señor Obispo les había mandado proveer de lo necesario en sus anteriores escondites, habían ido rondando durante la noche por todo el palacio hasta ir á parar á aquel último agujero donde no se les podían ya llevar alimentos.

Al oír esto D^a. María de las Nieves, dió orden de llevarles en seguida de comer de lo que hubiese en su propia cocina.

Grande fué el peligro de que la Providencia preservó á los Infantes en aquella ocasión, pues dada la disposición interior de la residencia episcopal, los fugitivos, en su peregrinación nocturna á través de todos los pisos, pudieron perfectamente haber entrado, aun sin querer, en la Cámara ocupada por SS. AA. que dormían descuidados y sin precaución alguna, y que corrieron así riesgo inminente de ser sacrificados por su excesiva confianza.

Creemos ocioso advertir que á pesar de haber expirado el plazo concedido por el Infante para las presentaciones, no se trató á aquellos prisioneros con más rigor que á los otros, y se les hizo gracia de la vida, lo mismo que á unos cipayos descubiertos más tarde.

Todos ellos fueron canjeados más adelante, pues

habiendo ya partido el resto de la guarnición con el Barón Benicasím, fueron incorporados á la columna del Infante, siguiendo con ella la marcha.



ERMINAREMOS estos rápidos apuntes con una breve reseña de las negociaciones que mediaron para el cange de los jefes de la guarnición de Cuenca.

Al salir de esta ciudad, tres días después de su toma, el Brigadier Lá Iglesia, que ceñía de nuevo la espada devuelta galantemente por el caudillo vencedor, hizo la marcha con el Estado Mayor de Don Alfonso, acompañado de su ayudante, de un teniente Coronel y del Comandante Maldonado.

Muy á menudo se le veía cabalgar al lado ora del Infante, ora de la Infanta, pues se había captado por completo las simpatías de SS. AA. que gustaban mucho de conversar con él.

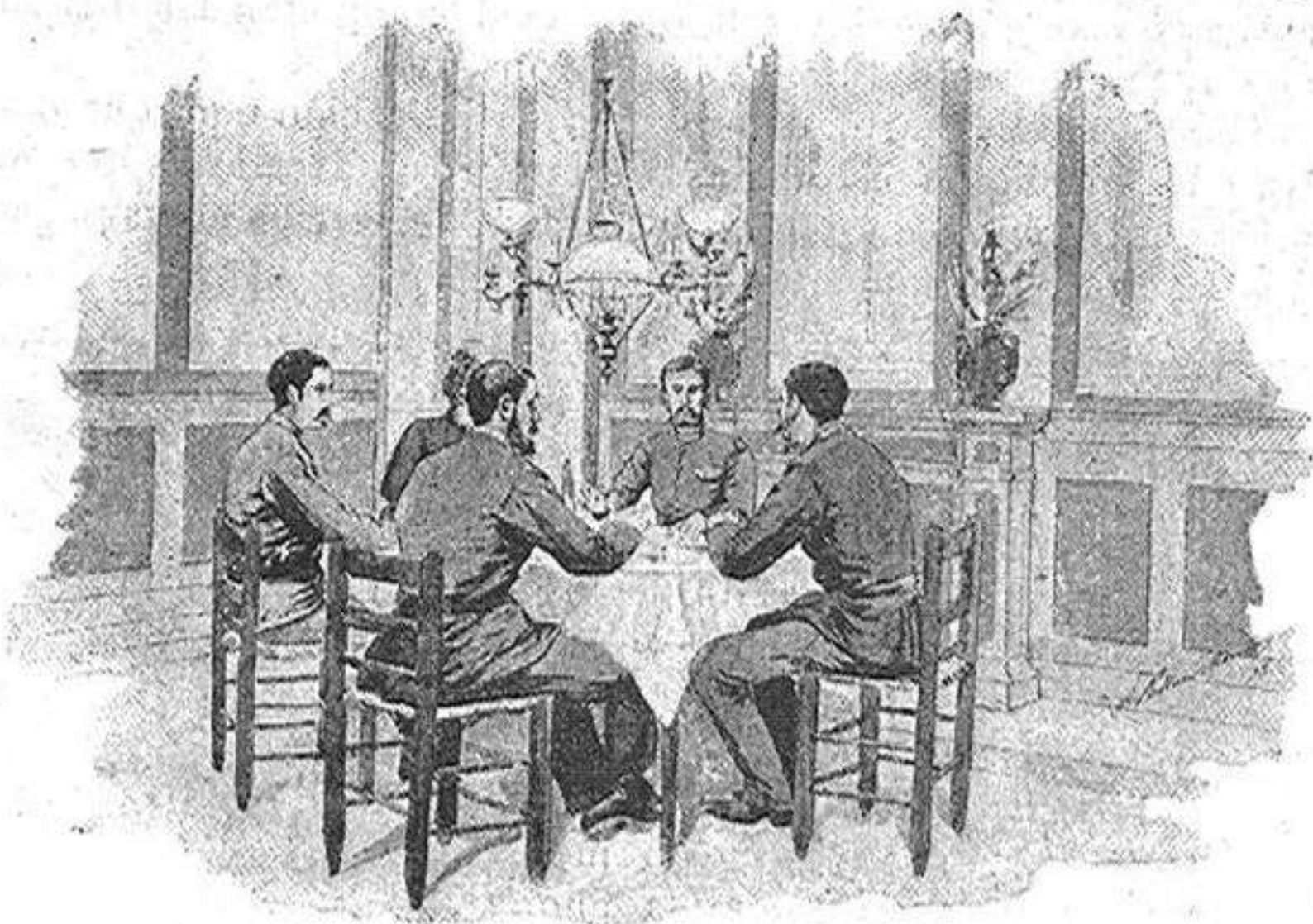
Llegados á Chelva convidáronle á comer y á presenciar al lado suyo, desde la ventana de su alojamiento, una corrida de novillos.

Por cierto, que habiendo ésta resultado una grotesca caricatura, los Infantes se excusaron con Iglesia por haberle invitado á semejante fiasco, dando aquella circunstancia margen á un cortés torneo de amabilidades entre el jefe prisionero y sus augustos vencedores.

Desde Chelva mandóle el Infante á Cantavieja para esperar su cange, con orden de que allí quedase libre bajo palabra de honor.

Transcurridos dos meses, el Infante le puso en libertad, bajo promesa de que personalmente haría efectuar el cange. Al mismo tiempo, y con iguales condiciones, dejó libres al ayudante, al Teniente coronel y al Comandante que le acompañaban.

Hacia algún tiempo que se había tratado del cange del Sr. Iglesia por medio de su hijo, ayudante del ge-



neral Pavía (comandante general á la sazón de Valencia), enviando á este en pase para avistarse con su padre.

Los Infantes se hallaban en Alcora cuando llegó allí el Brigadier para celebrar dicha entrevista, llevando consigo desde Cantavieja á sus compañeros de cautiverio arriba citados. Poco después llegó por su parte el hijo de Iglesia, joven por cierto muy simpático, y los Infantes acordaron que los prisioneros partiesen en

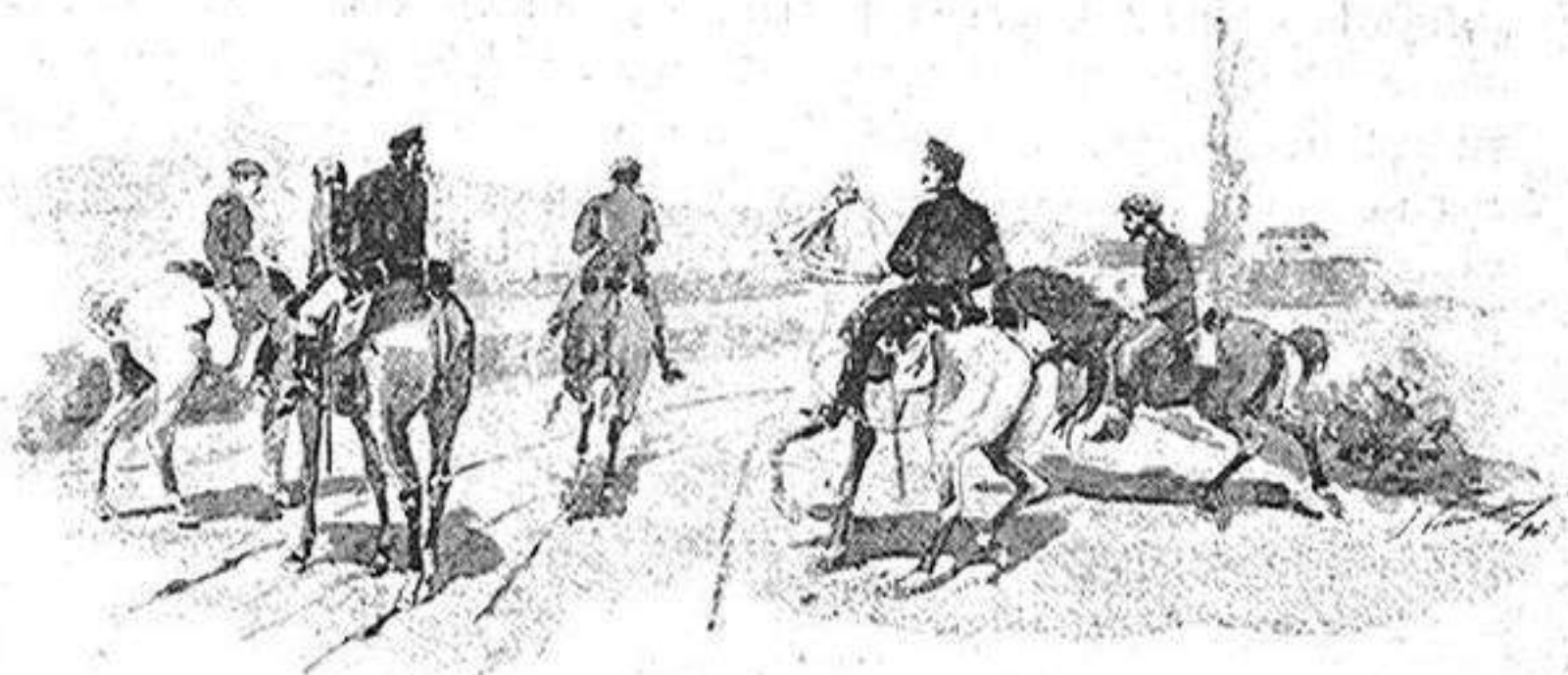
libertad para Madrid, invitándoles antes de la partida á comer en su mesa, y con ellos al ayudante del general Pavía.

Es de advertir que el Infante y el Comandante general de Valencia hallábanse entonces en operaciones el uno contra el otro, siempre á corta distancia y en continuos combates.

Esta circunstancia en nada alteró la cordialidad de la comida, y nadie recordó en el curso de ésta, ni menos los Infantes, que uno de los comensales se hallaría, tal vez al día siguiente, enfrente de SS. AA. en el campo de batalla, al lado del general Pavía.

Parecía imposible que fuesen adversarios los allí reunidos, que hablaban entre sí como oficiales de un mismo ejército, y que se separaron como antiguos amigos.

Terminada la comida despidiéronse con suma expansión, y montando á caballo los prisioneros, tomaron el camino de Madrid, acompañados por el hijo del



Brigadier Iglesia y por algunos individuos del Estado Mayor de S. A. que con permiso del Infante, quisieron acompañarles un trecho.

*
* *

Hemos terminado nuestra tarea.

Nada más distante de nuestro ánimo que la pretensión de haber agotado la materia.

Lejos de eso nuestro propósito, tanto en este artículo como en el de los prisioneros de Carlos VII, no ha sido otro que el de indicarla para que otros la profundicen y amplíen.

Pero la conciencia nos dice que en modestos límites, hemos hecho una obra de sinceridad, y á los sinceros la dedicamos.

M. L.

NUESTROS GRABADOS

Don Carlos revistando prisioneros liberales.

(Gran lámina suelta.)

Precioso dibujo que nos recuerda una de tantas ocasiones en que admirando nuestros enemigos la generosidad de Carlos VII, especialmente con los vencidos, tributaron éstos entusiastas manifestaciones de gratitud y de respeto al Augusto Caudillo que les atendía como padre en sus prisiones ó les daba la libertad para avergonzar á sus detractores con la caridad, que es la venganza de los santos y de los héroes,

D. Alfonso de Borbón y Austria de Este.

(Pág. 257.)

Todos nuestros lectores le conocen, le respetan y le quieren. *Es el primer soldado del Rey:* he aquí expresada toda la noble ambición de nuestro estimadísimo Infante.

Nació en Londres el 12 de Septiembre de 1849.

A los 18 años de edad se alistó en el ejército de Su Santidad Pío IX, como soldado raso de aquel heroico cuerpo de Zuavos que se cubrió de tanta gloria en Castellfidardo, á las órdenes del inmortal Marqués de Pimodan.

Defendió bravamente la Puerta Pía, siendo el único Oficial que no entregó su espada que, por cierto, era de Toledo y había pertenecido á Carlos V.

Infante de España y General en Jefe del Ejército Real de Cataluña, juró por primera vez la Patria el 23 de Febrero de 1873 y al frente de los intrépidos voluntarios catalanes derrotó al enemigo en Ripoll, Campdevanol, Berga, Calaf, Sanahuja, Oristá y Alpens, Igualada, Balsareny, Caserras, Tortellá y Argelaguer.

Unido á su mando de Cataluña, el del Centro, deja organizado el ejército de Cataluña, pasa el Ebro el 26 de Mayo de 1874 y dirige á los voluntarios de Valencia, Aragón y el Maestrazgo en las acciones de Gandesa, Alcora, Teruel y Alcañiz, toma por asalto á Cuenca, dispone la inolvidable expedición del Coronel Lozano y la del Brigadier Villalaín, volviendo á Cataluña después de dejar el ejército del Centro completamente organizado y aguerrido.

Acabada la guerra ha residido en Gratz, siempre dispuesto á obedecer las órdenes de su Augusto Hermano, siempre solícito para enjugar las lágrimas de los españoles desgraciados, querido con paternal afecto por Su Santidad Pío IX, que nunca olvidó sus heroicos servicios como zuavo pontificio, siempre soñando con su querida patria, siguiendo con vivo interés y protegiendo activo la rápida reorganización del Carlismo, con su influencia, con su prestigio, con su generosidad y con el cariñoso entusiasmo que en todos despiertan sus brillantes servicios y el heroísmo de su Augusta esposa Doña María de las Nieves.

Primera guerra civil.—Escuadrón de jefes y oficiales.

(Pág. 260.)

Siendo excesivo el número de jefes, oficiales é individuos del Cuerpo de Guardias de S. M. que se presentaban al Ejército vasco-navarro, y no encontrando colocación en los Escuadrones, el General Zumalacárregui dispuso se formase uno de todos los excedentes, al mando de un Brigadier, y en 1836 les dió uniforme, pues hasta esa fecha cada cual usaba el del Cuerpo de que procedía.

Lanceros de Navarra.

(Pág. 261.)

Constaba este Cuerpo de cuatro escuadrones, y su uniforme era el siguiente: pantalón de grana con trabillas y espuelas; chaqueta verde con cuello y vivos carmesí; boina encarnada con borla blanca; capote gris, de esclavina larga y cuello encarnado.

Su armamento: lanza con banderola amarilla y encarnada; sable con puño dorado y montura con caparazón de piel.

Castillo de Bellver.

(Pág. 264.)

Esta fortaleza de forma circular tiene adosados á sus muros tres fuertes torreones, que al mismo tiempo le sirven de estribos para completar la solidez de la espesa muralla que lo circuye. En la parte que corresponde el cuarto torreón que vendría á dividir el circuito general en forma de una cruz regular, se apoya un puente sostenido por un arco apuntado que comunica el castillo con la sólida y esbelta torre del Homenaje.

Don Jaime II mandó construirlo á fines del siglo XIII, para que sirviese de defensa, dada la importante situación que ocupa.

Está situado á dos millas al O. de Palma de Mallorca, en un monte elevado, 404 piés sobre el nivel del mar y distante 2.640 de su orilla, y se cree data su construcción del siglo XIV.

Durante la guerra civil, del 72 al 76 sirvió de prisión varias veces y á los más caracterizados carlistas mallorquines y á otros llevados del continente, catalanes en su mayoría, entre ellos algunos respetables sacerdotes.

El que representa el citado castillo, es original de nuestro correligionario y amigo Sr. Furió.

Doña María de las Nieves de Braganza.

(Pág. 265.)

Miguel I, Rey de Portugal, y la Duquesa de Braganza fueron los padres de esta ilustre dama y heroica princesa.

Vió la luz primera Doña María de las Nieves de Braganza y de Lœwenstein en Heubach (Baviera), el día 5 de Agosto de 1852; fué padrino suyo de bautismo S. A. el Príncipe de Lœwenstein, tío materno de la Infanta, y madrina S. A. Doña Isabel de Braganza y de Borbón, hermana de D. Miguel, y por tanto tía paterna de la recién nacida.

Impusiéronsele los nombres de María de las Nieves, Isabel, Eulalia, Carlota, Adelaida, Micaela, Rafaela, Gabriela, Gonzaga, Francisca de Paula y de Asís, Sofía, Inés y Ramona.

La Infanta Nieves recibió la esmeradísima educación que á sus alumnas proporcionan las Religiosas del Sagrado Corazón, en uno de cuyos colegios, el de Pontigny, Francia, adquirió también los notables conocimientos que así en Historia como en Geografía y labores posee en grado eminente.

Aunque educada en extranjera tierra, habla y escribe correctamente el español, siendo de notar la galanura y facilidad de expresión que hemos tenido ocasión de admirar en extensos manuscritos autógrafos de S. A. R.

En el castillo de su abuelo el Príncipe Lœwenstein, en Franconia, conoció Doña María al Infante de España D. Alfonso de Borbón, y á él unió su suerte, como dejamos dicho en la biografía de este último, el 26 de Abril de 1871.

Sabido es que compartió con su esposo los azares todos de la guerra, y que si es verdad que los liberales quisieron combatir al carlismo desprestigiando á la egregia Señora, de todos consta que el arma por ellos empleada, á más de innoble injustificada, pues Doña María de las Nieves mitigó... en no pocas ocasiones la suerte de los prisioneros y heridos, intercediendo en favor de los primeros y asistiendo á los últimos, cual madre cariñosa, sin mirar á cuál de los dos bandos pertenecían.

Las indignas y nada hábiles calumnias de que los liberales hicieron blanco á la valerosa Doña María, no lograron prosperar entre las personas de mediana ilustración y criterio algo recto, y si en el primer momento hicieron mella en las masas incultas, éstas llamáronse pronto á engaño, é hicieron justicia á las relevantes prendas de ilustración, bondad y valor que nuestros adversarios en armas tenían á su pesar que reconocer y confesar en la insigne heroína del Ejército carlista.

Los prisioneros del Infante D. Alfonso.

(Págs. 266 á 271.)

Admirable cuadro de la guerra ha sabido presentarnos el autor de este pintoresco relato, al cual completan las bellísimas ilustraciones del Sr. Pellicer Monseny.

Constituye este artículo una nueva vindicación con que destruir las insidiosas calumnias de nuestros adversarios que no nos conocieron en la guerra, y juzgan de nuestros actos por lo que leyeron en infamantes libelos.

EL ESTANDARTE REAL

REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: 1 año.. . . .	7'50 pesetas.
6 meses.	4 »
Extranjero y Ultramar: 1 año.. . . .	12 »

Se admiten anuncios para las cubiertas, á precios convencionales.

Dirigirse para las suscripciones y anuncios al Administrador de la BIBLIOTECA TRADICIONALISTA, Ronda de la Universidad, 14, Barcelona: apartado de Correos núm. 147.

El pago de las suscripciones se hará en Libranzas del Giro Mutuo, en Letras de fácil cobro ó en sellos de Correo.

Se remitirá un número de muestra, de regalo, á las personas que lo pidan.

Son corresponsales de EL ESTANDARTE REAL todos los de la *Biblioteca Tradicionalista* y de *La Carcajada*.

Imp. «La Ilustración» á c. de Fidel Giró, Paseo San Juan, 168